

HOMILIA DEL SECRETARIO GENERAL DE LA OALA

He tenido el privilegio de vivir en cuatro países distintos. Lo más importante es lo mostrado en mi etiqueta de identificación: Canadá mi país de nacimiento y Perú mi país de adopción. Las dos banderas son casi iguales: rojo, blanco, rojo. La única diferencia es la hoja de Arce, símbolo de Canadá que está puesto en el medio.

Según los expertos el proceso de aprendizaje de una cultura (inculturación, término técnico para expresar el aprendizaje de una cultura distinta), uno está marcado por su cultura de origen durante los primeros 10 años de vida. Ya he vivido en Canadá hasta los 16 años de edad, puedo decir que la hoja de Arce está grabado en mi alma, mi identidad. No lo puedo borrar, ni quiero hacerlo porque puedo aportar algo en el Perú.

El Espíritu me ha llevado al Perú para participar en la construcción de su Reino. No me toca transplantar la hoja de Arce allá, sino trabajar con los de allí en hacer más presente al Señor de la Paz, y la Justicia, en el Reino de Dios.

Esto es posible -un extranjero colaborar para la construcción del Reino en el Perú-, por la fuerza del Espíritu. Hemos escuchado de este Espíritu en la primera lectura. Yo creo en el Espíritu de Pentecostés. La primera lectura nos dice que el Espíritu no borró las diferencias culturales de las personas, sino cada uno escuchaba en su propia lengua "escuchaba las maravillas del Señor". El Espíritu hace posible la unión en medio de la diversidad. Con este Espíritu cada uno tiene algo que aportar para que cantemos juntos las maravillas del Señor.

Entonces creyendo en la fuerza del Espíritu ¿qué puedo dar, ¿qué no puedo dar en Perú?

1 - Puedo, y todos los misioneros extranjeros aquí, dar un ejemplo de espíritu misionero, mencionado por Nicolás Gómez en su oración el día de ayer. Porque solamente si la vida agustiniana latinoamericana tiene un espíritu misionero va a ir más allá de sus posturas tradicionales, para encontrarse con los más pobres, marginados y olvidados.

2 - Puedo ofrecer pistas sobre la espiritualidad agustiniana desde mi experiencia.

3 - Puedo formar con otros una comunidad formada por personas de diferentes culturas. Personas que pueden vivir juntos en diálogo y haciéndose instrumento a pesar de las diferencias. Esta comunidad puede dar testimonio de un signo muy importante en una sociedad donde los terroristas matan a personas porque piensan en forma distinta.

4 - Puedo escuchar a los pobres, a sus gritos y acompañarles en el largo proceso de liberación integral y puedo esperar que los jóvenes encontrarán esta opción como algo atrayente y vendrán para unirse en esta opción.

Pero, también hay cosas que no puedo ofrecer:

No puedo inculturar profundamente la vida agustiniana. La hoja de Arce siempre me impedirá tener un alma peruana.

Por eso Juan Bautista tiene que ser el santo Patrón de un misionero, como hemos escuchado en el Evangelio: Juan tiene que ser menos importante, y Jesús más importante. De igual forma tengo que disminuir para dejar crecer una vida religiosa nativa. Para que Cristo y Agustín sean peruanos, colombianos, mexicanos, brasileños, ecuatorianos...

Esta es la tarea principal de los jóvenes de la Orden, nacidos en este continente. Pero nacer aquí no es garantía alguna para inculturar el Evangelio. Porque sabemos que hay nativos que rechazan sus raíces y son más extranjeros que los mismos extranjeros.

Solamente escuchando al pueblo, sus gritos de dolor y sus fiestas de fraternidad, pueden comenzar a inculturar la vida agustiniana.

Esta es su misión, y Yo, más los hermanos de los distintos países les podemos ayudar, les podemos acompañar, pero no podemos hacer el camino.

Los caminos que escojan, el método de hacerlo, los apostolados que prioricen pueden ser a los niños. Y esto me va a costar. Por eso, Juan Bautista tiene que ser mi ejemplo, y Cristo paciente, tiene que ser el suyo.

Creo en el Espíritu de Pentecostés, en el espíritu de Comocotó. Por eso, creo que todos podemos cantar las maravillas del Señor. Todos podemos escuchar la voz de Dios que se levanta desde la Pachamama de los pobres y que está confirmado en la sangre de nuestros mártires. La tarea de todos es asegurar que Cristo sea latinoamericano.